

Reconsiderando el Manifiesto por las ciencias sociales: desafíos políticos, riesgos digitales y nuevas agendas políticas

Reconsidering the Manifesto for Social Sciences: Political Challenges, Digital Risks, and New Political Agendas

Michel Wieviorka*

RESUMEN

El artículo propone una reflexión crítica sobre la reconfiguración de las ciencias sociales en el marco de las transformaciones digitales, articulando debates clásicos sobre modernidad, poder y conocimiento con corrientes contemporáneas como los estudios de la información, la sociología crítica del capitalismo digital y la teoría de la posverdad. Retomando la tradición tourainiana y los aportes de Castells sobre la sociedad-red, se argumenta que la mutación digital concentra capital económico, epistémico y simbólico en grandes corporaciones, desplazando el análisis social y erosionando la libertad académica. A partir de autores como Hardt y Negri, Morozov, Illouz y Zuboff, el texto examina cómo los algoritmos producen nuevas formas de dominación, desigualdad y manipulación, situando la democracia en un terreno de fragilidad estructural. Frente a la deriva iliberal, la fragmentación pública y la expansión del datafication, el autor reivindica una agenda crítica que reintegre humanismo, regulación democrática y epistemologías capaces de enfrentar los riesgos civilizatorios del ecosistema digital.

ABSTRACT

This article presents a critical reflection on the reconfiguration of the social sciences within contemporary digital transformations, connecting classical debates on modernity, power, and knowledge with current approaches such as information studies, the critical sociology of digital capitalism, and post-truth theory. Drawing on the Touraine tradition and Castells's analysis of the network society, it argues that digital mutation concentrates economic, epistemic, and symbolic capital in major corporations, displacing social inquiry and undermining academic freedom. Mobilizing perspectives from Hardt and Negri, Morozov, Illouz, and Zuboff, the text examines how algorithms generate new forms of domination, inequality, and manipulation, placing democracy in a condition of structural fragility. In the face of illiberal drift, public fragmentation, and expanding datafication, the author advocates for a renewed critical agenda integrating humanism, democratic regulation, and epistemologies capable of confronting the civilizational risks embedded in the digital ecosystem.

* École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), Francia. Correo electrónico: <wiev@msh-paris.fr>.

Palabras clave: ciencias sociales; capitalismo digital; posverdad; dominación algorítmica; democracia.

Keywords: social sciences; digital capitalism; post-truth; algorithmic domination; democracy.

Introducción

En 2013, la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* publicó el *Manifiesto por las ciencias sociales* que redacté junto con Craig Calhoun. Doce años después, este texto parece singularmente anticuado, debido a que, en muchos aspectos, el mundo ha cambiado hasta tal punto que hay que plantearse seriamente, si no una revolución antropológica, al menos una nueva era y de una mutación. Las ciencias humanas y sociales no pueden ser ajenas a estas transformaciones.

En general, estas disciplinas del conocimiento podrían parecer hoy en día en declive, al menos en lo que se refiere a su influencia y a sus usos. Esta constatación debe vincularse con la deriva hacia la derecha de numerosas sociedades, que ha conducido a marginar a las ciencias humanas y sociales en beneficio de medios de comunicación que las desprecian o ignoran, de institutos de sondeo que se limitan a medir opiniones y de redes sociales cada vez más invasivas. El florecimiento de regímenes autoritarios, el auge de la llamada “democracia iliberal”, la crisis del multilateralismo, el cuestionamiento de las normas de la vida internacional por parte de grandes potencias como la Rusia de Putin o los Estados Unidos de Trump —para quienes la fuerza prima sobre el derecho—, así como el cuestionamiento del Estado de derecho, contribuyen a debilitarlas, privándolas de aquello que necesitan imperiosamente: la libertad en general y, en primer lugar, para ellas, la libertad académica, hoy amenazada en todo el mundo, incluso en Europa y América.

Las *fake news*, el conspiracionismo y la posverdad forman ahora parte de nuestra vida cotidiana, lo que también contribuye a reducir la influencia de estas disciplinas. Se trata de un problema complejo, ya que la centralidad de este fenómeno obedece, en buena medida, a la duda que recae sobre todo lo que proviene de las élites políticas, mediáticas e incluso intelectuales. Sin embargo, las ciencias humanas y sociales conllevan necesariamente su propia cuota de duda y de sentido crítico: ¿dónde terminan la razón y la crítica legítima, y dónde comienzan lo irracional y el error? Al menos en algunos casos, existe una zona gris intermedia, y las ciencias humanas y sociales, al no preocuparse siempre lo suficiente por aportar pruebas o demostraciones sólidas de sus afirmaciones, dejan abierto el espacio de la posverdad. Nunca han sido lo suficientemente exigentes al probar o demostrar, a diferencia de las ciencias naturales, en particular de aquellas que pueden ser experimentales. De hecho, suelen contentarse con verificar el rigor de una investigación, la solidez de su método y de sus fuentes, y con validar sus resultados mediante el juicio de pares. Es ex-

cepcional, por ejemplo, que se realicen verdaderas pruebas empíricas para respaldar una afirmación, siendo una de las raras excepciones los experimentos de Milgram sobre la obediencia y la sumisión a la autoridad, que siempre se han reproducido con éxito (Milgram, 1974; Calmann-Lévy, 1994).

Quizá las propias ciencias humanas y sociales hayan contribuido a su debilitamiento, al privilegiar enfoques y temas que pueden cuestionar los valores universales en favor de un cierto encerramiento intelectual, o al asociarse con proyectos y posiciones más ideológicas, militantes e intolerantes que científicas y abiertas al debate. Ello ha dado lugar recientemente a dos tipos de sectarismo: el denominado “wokismo”, centrado en cuestiones de raza, género, interseccionalidad, “cultura de la cancelación”, descolonialismo o poscolonialismo, por un lado, y, por otro, el del “antiwokismo”, que se deshace de este tipo de preocupaciones tirando el grano con la paja, los movimientos antirracistas o feministas, #MeToo o #BLM, y cuestionamientos históricos legítimos con los excesos y desviaciones de algunos.

La pandemia de COVID-19 ha acelerado esta pérdida de influencia de las ciencias humanas y sociales, que también se ha acentuado a partir de la repercusión, en países no necesariamente implicados de forma directa, de la guerra de Rusia en Ucrania y, sobre todo, de los horrores en Oriente Medio. Cada vez hay menos espacio para los análisis precisos, documentados y exigentes, para el debate de fondo, para los matices y la argumentación rigurosa que nuestras disciplinas pueden aportar, mientras las pasiones ideológicas o religiosas prosperan en su detrimento. Esto es particularmente visible allí donde las ciencias humanas y sociales deberían encontrar su terreno predilecto: en las universidades, donde parecen amenazadas de asfixia por la negación misma de su existencia, la intolerancia, lo irracional y las pasiones que sustituyen a la razón, tanto desde dentro como desde fuera.

El mundo cambia desde arriba, en los enfrentamientos entre Estados, en la geopolítica de la guerra y la diplomacia, en la lógica global de los gigantes de las finanzas y la economía. Pero si cambia desde arriba, también se transforma desde abajo, a partir de las mutaciones de las sociedades. Son estas transformaciones las que las ciencias humanas y sociales deben considerar prioritariamente, sin por ello disociar el análisis de los juegos políticos y geopolíticos en la cúspide del análisis del trabajo de las sociedades sobre sí mismas.

Actualizar un Manifiesto que data de principios de la década de 2010 implica, por tanto, considerar las principales transformaciones que se han producido desde entonces en el mundo y en el seno de las sociedades, así como examinar la manera en que las ciencias humanas y sociales las abordan.

Las limitaciones de un artículo como este obligan a elegir: o bien trazar un panorama general, necesariamente superficial, pero sin omitir nada importante, o bien abordar solo algunos aspectos, entre los más determinantes, pero con mayor profundidad. He optado por esta última opción: profundizar en un tema concreto, lo digital. Ya en el contexto en el

que se publicó el Manifiesto intuía que se trataba de un reto decisivo y me preocupaba, en aquel momento, lo que percibía como una cierta vacilación por parte de los investigadores en ciencias humanas y sociales a la hora de entrar de lleno en la era digital. Mi libro, titulado *L'impératif numérique* (Wieviorka, 2013), les invitaba, por un lado, a recurrir más a las tecnologías digitales y, por otro, a analizar su impacto en la vida colectiva y, por lo tanto, a reflexionar sobre la era digital. En cierto modo, este artículo constituye también una oportunidad para actualizar aquella reflexión.

Los usos de lo digital

Nadie puede dudar seriamente de que, con lo digital —o, dicho de otro modo, con la expansión de la informática—, la humanidad en su conjunto ha ingresado en una nueva fase de su existencia. Este tránsito abre posibilidades inéditas de democratización y de profundización de la cultura y el conocimiento, al tiempo que habilita una gama creciente de servicios accesibles e interacciones antes impensables. Sin embargo, también expone a las sociedades a múltiples motivos de preocupación vinculados con nuevas formas de aislamiento, dominación, explotación, manipulación, depredación y atentados contra la integridad física y moral de las personas.

La informatización del mundo ofrece, así, la promesa de avances extraordinarios para la humanidad, pero simultáneamente alimenta el temor a una deshumanización radical, que podría ir mucho más allá del *trahumanar* evocado por Dante en la *Divina Comedia*. Para Dante, la superación de lo humano tenía un carácter metafísico y espiritual; el ser humano no desaparecía en ese movimiento. Hoy, en cambio, la mutación digital plantea la posibilidad de transformaciones que afectan no solo a la condición humana, sino también a la agencia, la subjetividad y la vida social en su conjunto.

El comienzo

La era digital encontró su principal lugar de nacimiento en un escenario singular: los Estados Unidos, específicamente Silicon Valley, y en un periodo hoy lejano, entre las décadas de 1950 y 1960. La revolución informática comenzó en California cuando convergieron dos grandes familias de innovación. Por un lado, la de los transistores, los microprocesadores, los ordenadores y, posteriormente, las computadoras portátiles y los teléfonos móviles; por otro, la de Internet y las redes sociales.

Este encuentro fue posible gracias a una combinación de factores. En primer lugar, la presencia de una universidad privada —Stanford— que facilitó la aparición de *startups* estrechamente vinculadas a ella. Programas de investigación de gran envergadura fueron financiados por instituciones públicas, especialmente aquellas relacionadas con el com-

plejo industrial-militar, como el Ejército y el Departamento de Defensa. A ello se sumaba un entorno cultural abierto, receptivo a las nuevas protestas contra la guerra de Vietnam y favorable a la innovación; una cultura que aceptaba el fracaso como parte del proceso creativo, en lugar de descalificar a quienes no tenían éxito inmediato. Existía, además, una mentalidad basada en la confianza interpersonal. Finalmente, había inversionistas dispuestos a apostar por *startups*, incluso por las más arriesgadas.

Numerosos estudios han narrado esta trayectoria, que en ocasiones ha adquirido tintes de mito o leyenda, y que sigue siendo una invitación constante a investigar la dinámica de la innovación. Fue necesario que múltiples condiciones se conjugaran simultáneamente; sin esa convergencia, el ecosistema no habría prosperado.

Algunas de los *startups* surgidos en los años sesenta y setenta se transformaron en gigantes con un poderío global impresionante, inaugurando una fase completamente distinta de la era digital. ¿A qué modelo de desarrollo corresponde esta evolución? ¿Cómo se pasó del florecimiento inicial de los *startups* a las grandes empresas tecnológicas y otras? ¿Sigue habiendo lugar para *startups* como las del siglo xx? ¿No habría que utilizar, por ejemplo, el concepto de competencia monopolística? Hay motivos suficientes para movilizar a numerosos investigadores, en la encrucijada de las ciencias económicas y las ciencias sociales.

Los gigantes tecnológicos (GAFAM) y las ciencias humanas y sociales

Las grandes empresas informáticas —habitualmente agrupadas bajo el acrónimo GAFAM (Google, Apple, Facebook/Meta, Amazon y Microsoft)— no se muestran abiertamente hostiles a las ciencias humanas y sociales. Por el contrario, cuentan con los recursos necesarios para fomentar su desarrollo, aunque siempre en función de sus propios intereses. Dichos recursos superan con creces los que están al alcance de la mayoría de las universidades, salvo contadas excepciones estadounidenses, como el MIT. Esto implica que las fuentes de conocimiento que nutren a nuestras disciplinas pueden ser progresivamente monopolizadas por corporaciones cuya finalidad no es humanista ni universalista, sino la consolidación de su poder económico, político y geopolítico. El caso de Elon Musk no constituye una anomalía, sino un síntoma de una tendencia más amplia. La era digital corre así el riesgo de convertirse en un periodo en el que las ciencias sociales se vean orientadas —cuando no subordinadas— a actores privados con agendas particulares. Este problema resulta aún más grave en los Estados Unidos, donde las universidades, debilitadas por las políticas de la administración Trump y obligadas a adaptarse a su ofensiva “antiwoke”, se encuentran en franca desventaja frente a las grandes empresas tecnológicas.

Ello supone un desafío de gran envergadura para las ciencias humanas y sociales. ¿En qué condiciones pueden estas disciplinas impedir o al menos mitigar tal evolución? ¿Cómo garantizar que la libertad intelectual, la libertad académica y el humanismo permanezcan asociados al progreso del conocimiento, al uso crítico de la razón y a las lógicas de emancipación?

La supuesta neutralidad de las herramientas digitales debe, en este sentido, ser cuestionada. La inteligencia artificial (IA) utiliza algoritmos que distan de ser neutrales, pues se construyen a partir de datos y conocimientos moldeados por decisiones e intervenciones humanas. Así se ha demostrado, por ejemplo, en las tecnologías de reconocimiento facial, cuyo funcionamiento reproduce sesgos raciales estructurales y discrimina a las minorías de color (Tighanimine, 2023). Los algoritmos y las tecnologías digitales requieren, por lo tanto, un examen crítico riguroso, ya que facilitan formas renovadas de dominación, exclusión y refuerzo de desigualdades sociales. No obstante, para que esta crítica sea fundamentada, los investigadores deben tener acceso a la información necesaria, parte de la cual está bajo el control de las grandes corporaciones digitales, que suelen ampararse en el secreto profesional o comercial para impedir ese acceso. Las ciencias sociales deberían situarse a la vanguardia de la exigencia de transparencia, regulación, control y supervisión de un ecosistema tecnológico cuya opacidad amenaza bienes públicos fundamentales. Asimismo, es imperativo reflexionar sobre las normas deontológicas y los principios éticos que deben regir un universo en el cual la recopilación, producción, tratamiento y acceso a datos se han vuelto cruciales tanto para la investigación como para la vida social: ¿quién debe decidir sobre ello?, ¿los investigadores, las instituciones académicas, organismos independientes, los Estados, la legislación internacional?

Estos son retos de enorme calado para las ciencias humanas y sociales, retos que Manuel Castells anticipó tempranamente en su trilogía sobre la era de la información a finales de la década de 1990, y que desarrollaría luego en sus trabajos sobre Internet y las redes sociales (Castells, 1996, 1997, 1998). En aquel momento era posible —y promisorio— realizar investigaciones sociológicas sobre la naciente era digital. Castells planteó cuestiones centrales sobre la brecha digital, las desigualdades estructurales y, siguiendo a Alain Touraine, sobre los movimientos sociales y culturales emergentes en este nuevo horizonte. Sin embargo, hoy cabe preguntarse: ¿no resulta ingenuo, o incluso excesivamente optimista, suponer que la era digital seguirá dejando un lugar significativo a las ciencias sociales?

La provocación de Chris Anderson

En el editorial de un *dossier* que generó un amplio debate en 2008, Chris Anderson, entonces redactor jefe de *Wired* —revista de referencia para los entusiastas de las tecnologías digitales—, adoptó una postura provocadora que rápidamente se volvió célebre. Bajo el título “El fin de la teoría: la avalancha de datos hace que el método científico quede obsoleto” (Anderson, 2008), proclamaba la inutilidad de las ciencias en general y, por extensión, de las ciencias humanas y sociales, que serían —según su argumento— superadas por un “diluvio de datos”. Para Anderson, en un entorno dominado por herramientas informáticas avanzadas, ya no sería necesario formular hipótesis sobre los resultados, puesto que las correlaciones bastarían y los algoritmos realizarían el trabajo interpretativo. En esta lógica, no

se necesitarían previsiones de las ciencias sociales o políticas —si es que fueran capaces de generarlas—, ni sería pertinente comprobar hipótesis mediante los métodos clásicos, porque los datos masivos y las tecnologías digitales serían inherentemente superiores.

Desde esta perspectiva, la noción misma de ciencias sociales creativas perdería todo sentido: desaparecerían los autores como figuras productoras de conocimiento, así como los derechos de autor; las revistas científicas con comités editoriales se volverían obsoletas, y el “trabajo de campo” —en cualquiera de sus variantes: entrevistas, observación participante, investigación-acción o intervención sociológica— dejaría de ser relevante, pese a su papel fundamental en la investigación empírica.

Sin embargo, Anderson pasa por alto que los datos no son entidades neutras ni objetos naturales: son una producción humana, una construcción social que, como tal, exige ser analizada críticamente.

Las nuevas tecnologías, herramientas para la investigación

La investigación en ciencias humanas y sociales tiene mucho que ganar, y por lo tanto que aportar, recurriendo a las nuevas tecnologías. Con ellas, la acumulación de datos da lugar al *data mining*, muy valioso para muchos historiadores y otros,¹ siempre y cuando se mantenga una actitud crítica sobre el origen y la naturaleza de los datos. Del mismo modo, las *humanidades digitales* permiten articular la demanda social y producir conocimientos que tengan en cuenta el impacto de las tecnologías digitales en la vida colectiva. La era digital se caracteriza por todo tipo de novedades, que constituyen otros tantos objetos nuevos para las ciencias sociales. Así, se han constituido *los estudios sobre Internet*, que se interesan por los usos de las herramientas digitales, que están experimentando un auge en todo tipo de sectores. Simétricamente, se ha desarrollado un pensamiento crítico que se preocupa por las múltiples regresiones y los posibles usos negativos de esas mismas herramientas.

Por otra parte, desde la agresión de Rusia a Ucrania, se ha tomado conciencia de que la guerra está cambiando con los satélites artificiales, los drones, los misiles, los teléfonos móviles, la información y la inteligencia militar en tiempo real o los ciberataques. Lo digital, sin poner fin a ciertos aspectos antiguos de la guerra, como las trincheras, también la renueva de forma masiva. Hay ámbitos en los que la investigación, incluida la sociológica, está llamada a desarrollarse.

Las ciencias sociales clásicas suelen partir de categorías colectivas —estratos, clases sociales, grupos profesionales, categorías sociolaborales— como unidades fundamentales de análisis. Sin embargo, con la expansión de la tecnología digital es necesario anticipar una

¹ Como profesor de una institución que se reivindica de la escuela de los Annales y sitúa la historia en el centro de las ciencias sociales, allí donde otros la separan de ellas, preciso que me inscribo aquí en esta perspectiva, que tiene más valor en Francia que en otros países, como Estados Unidos.

transformación profunda, a veces descrita como el advenimiento de “la era de las multitudes”. Autores como Michael Hardt y Antonio Negri, así como especialistas en lo digital como Nicolas Colin y Henri Verdier, describen un mundo en el que cada individuo es más fácilmente identificable, rastreable y singularizable que nunca, y en el que cada persona está simultáneamente más formada y conectada (Hardt, 2004; Colin y Verdier, 2012).

En este nuevo escenario, las ciencias sociales tienen un papel crucial que desempeñar al analizar estas mutaciones. Mientras los enfoques clásicos trabajan con promedios y categorías agregadas, los sistemas digitales permiten —y exigen— tratar a los individuos uno por uno, evaluando, por ejemplo, probabilidades de comportamiento específicas para cada sujeto. Se configura así una paradoja central de nuestro tiempo: a partir de cantidades masivas de datos (big data), producidos por poblaciones igualmente masivas, los algoritmos generan conocimientos dirigidos a personas singulares. Al centrarse en los objetos, los cuerpos, los ritmos cardíacos, los desplazamientos, los encuentros o las compras, la economía digital abre horizontes inéditos para la investigación en ciencias humanas y sociales. Este tipo de información puede emplearse, por ejemplo, para orientar políticas públicas en materia de salud o seguridad social, para formular concepciones de justicia acordes con esta nueva individualización o para reflexionar sobre el vínculo social en sociedades donde el individualismo adquiere un vigor renovado.

La era digital es también, inevitablemente, una era global. Ello implica, como ya sugería Ulrich Beck en la década de 2010 (Beck, 2016), considerar múltiples escalas de análisis: mundial, regional, nacional, local e individual. Pensar globalmente no significa —o no únicamente— realizar comparaciones entre países, sino atender a las lógicas que operan simultáneamente en todos esos niveles, incluido el planetario. Esta perspectiva resulta pertinente incluso en un momento histórico en el que la globalización parece retroceder y observamos el repliegue nacionalista de muchos Estados, empezando por Estados Unidos.

Nos encontramos, así, ante otra paradoja contemporánea: Internet opera a escala planetaria y, al mismo tiempo, afecta de manera directa a individuos singulares. Esta dinámica puede favorecer, como reacción, la formación de comunidades imaginarias o identitarias —por ejemplo, redes sociales estructuradas en silos— en las que los participantes comparten visiones del mundo relativamente homogéneas. Pensar lo global y, simultáneamente, otorgar un lugar central a la subjetividad, las pasiones y los cálculos individuales constituye, sin duda, uno de los grandes desafíos que deberán enfrentar las ciencias sociales en el futuro.

Nuevas modalidades de organización de la investigación, nuevos métodos

La revolución digital permite crear nuevas comunidades de investigadores, que intercambian información de forma mucho más sencilla y a nivel mundial que antes, lo que plantea

la cuestión del idioma de las ciencias sociales: ¿debe ser siempre el inglés? Se están estableciendo colaboraciones sin precedentes entre especialistas de diferentes disciplinas, y no solo de las ciencias sociales, con ingenieros, diseñadores, personas de las ciencias duras, médicos, educadores; también con aficionados y el público en general, que pueden aportar su parte de conocimientos.

Con la tecnología digital, es posible imaginar nuevos métodos, mucho más interactivos que en el pasado, en los que los investigadores se relacionan con los actores, sobre un problema determinado, en tiempo real, a una escala que puede llegar a ser considerable.

En el mundo de las *startups*, nos gusta hablar de “escalabilidad”, es decir, la capacidad de una empresa de pasar, gracias a la tecnología digital, a una nueva dimensión, a una escala multiplicada, por ejemplo, a millones de clientes en lugar de cientos, sin tener que modificar proporcionalmente los recursos movilizados, empezando por la plantilla. Del mismo modo, la “escalabilidad” podría ser la característica de los nuevos trabajos de análisis electoral o de estudios de opinión, en los que, en lugar de las muestras clásicas, a menudo de mil personas supuestamente “representativas”, se podría consultar en línea a poblaciones mucho más amplias y, además, proponerles un enfoque deliberativo, como en los trabajos de James Fishkin (Fishkin, 1993, 1995). Por otra parte, ahora es posible estudiar en tiempo real fenómenos complejos, como por ejemplo un motín o actos de violencia colectiva, mostrando cómo, dónde y con qué recursos se movilizan los actores. Esto es lo que hicieron en 2011, Antonio A. Casilli y Paola Tubaro. Estallaron disturbios en el Reino Unido, el poder y los medios de comunicación culparon inmediatamente a las redes sociales y los teléfonos móviles, y estos investigadores demostraron de inmediato lo contrario: las redes sociales y los teléfonos móviles habían limitado el alcance y la duración de los disturbios en este caso concreto (Casilli y Tubaro, 2011).

Sin embargo, la idea de Anderson sigue ganando terreno. Es cierto que cada día la IA y, en general, la informática, parecen poder avanzar, posiblemente a expensas de las disciplinas clásicas del conocimiento. Las máquinas son ahora campeonas de ajedrez, mientras que, en 1997, hace menos de treinta años, el ordenador Deep Blue apenas podía igualar a Gary Kasparov. Los datos de aprendizaje de Facebook predicen nuestras preferencias mucho mejor que cualquier psicólogo. Sin embargo, las ciencias humanas y sociales siguen teniendo futuro, siempre que se mantengan fieles a su vocación.

Críticas y contestaciones

La vocación de las ciencias sociales ha sido siempre la de indagar la verdad sobre la vida social. Tal empresa, necesariamente crítica, requiere condiciones de libertad y democracia, pues solo este régimen político garantiza el debate, la pluralidad y el tratamiento no vio-

lento de los conflictos que atraviesan al cuerpo social. La irrupción de la era digital torna estas condiciones aún más indispensables. Ya no se trata únicamente de considerar lo digital —y, en particular, la IA— como un mero instrumento de análisis, ni como una tecnología de captura, producción o procesamiento de datos, ni siquiera como un conjunto de usos sociales. Se trata, más bien, de convertirlo en un objeto central de estudio. Los investigadores pueden encontrar en la práctica social un estímulo constante, en la medida en que esta interpela y problematiza de manera continua diversas dimensiones de lo digital. Como veremos, estas interpelaciones se manifiestan por múltiples caminos.

Quizá sea necesario adoptar una postura especialmente ambiciosa. Así como la sociología del siglo xx situó el trabajo y las relaciones de producción en el centro de investigaciones decisivas —y reconoció en el movimiento obrero a un actor estructurante de la vida colectiva en las sociedades industriales—, hoy deberíamos preguntarnos si el desafío principal, y la gestión misma del progreso, no están fuertemente definidos por el dominio de lo digital y, de manera particular, por la expansión acelerada de la IA desde la llegada de ChatGPT al mercado en 2022. ¿No podría pensarse, entonces, que las críticas y protestas emergentes en torno a lo digital constituyen el esbozo de un equivalente contemporáneo al papel que desempeñó el movimiento obrero en la sociedad industrial?

Considerar lo que cambia en las ciencias sociales en la era digital implica, desde esta perspectiva, examinar, ante todo, los desafíos capaces de poner en cuestión el mundo digital, así como atender tanto a quienes lo dominan y controlan como a quienes lo cuestionan. Se trata de convertir estos desafíos —y a los actores que los impulsan o los resisten— en el núcleo analítico de las ciencias sociales del mañana. Para ello, es necesario observar no solo lo visible y ya consolidado, sino también lo que aún no se percibe claramente, o solo de manera tenue, como problemático, pero que podría cobrar gran relevancia en el futuro, en la medida en que lo digital posibilita una intrusión creciente de sistemas de tratamiento de datos en nuestra vida cotidiana, tanto personal como profesional. Con una dificultad añadida: la profunda ambivalencia de lo digital, que simultáneamente nos beneficia y nos captura, proporcionando progreso y, a la vez, nuevas formas de alienación.

Un punto de partida sólido lo ofrece el poder desmesurado de las grandes corporaciones informáticas, cuyas valoraciones bursátiles alcanzan niveles sin precedentes —cientos de miles de millones de dólares en el caso de Amazon, Google o Apple—. Estos “amos” de lo digital producen, orientan y controlan las tecnologías informáticas en función de sus intereses económicos y del fortalecimiento de su dominio cultural. Sortear las fronteras estatales o debilitar la soberanía de los Estados no constituye para ellos un obstáculo, salvo cuando les conviene apoyarse en los poderes públicos o penetrarlos, configurando así ensamblajes político-económicos que derivan hacia la democracia iliberal o el autoritarismo, como lo muestran las actuaciones de Elon Musk y otras figuras tecnológicas desde los primeros momentos de la segunda presidencia de Donald Trump.

Para avanzar en la reflexión, lo más claro es examinar las principales críticas y resistencias que los avances digitales han suscitado a lo largo de casi medio siglo. En cada caso, resulta evidente —o, al menos, plausible— imaginar la existencia de vastos programas de investigación en ciencias humanas y sociales destinados a abordar estas transformaciones.

Crítica ecológica

La tecnología digital consume cantidades crecientes de energía: en 2022 representó 10 % del consumo eléctrico total en Francia, según un estudio conjunto de la ADEME y la ARCEP (Arcep, 2023). Asimismo, genera contaminación y constituye, de acuerdo con el mismo informe, 2.5 % de la huella de carbono del país. Además, el desarrollo digital implica el uso intensivo de recursos abióticos —particularmente minerales estratégicos— cuyo agotamiento se vincula con dinámicas de violencia, explotación extrema y depredación. El periodista Guillaume Pitron (2021) ha documentado de manera contundente las conexiones entre la expansión de las infraestructuras digitales y atrocidades como la guerra en la República Democrática del Congo, donde en los últimos años la disputa por minerales raros y la explotación infantil en las minas de Katanga se han convertido en elementos centrales.

Como suele ocurrir en materia ecológica, tanto asociaciones civiles como poderes públicos promueven comportamientos individuales ejemplares, orientados a reducir el consumo y los usos tecnológicos. Sin embargo, aunque tales prácticas resulten cívicas y contribuyan a una cierta modernización cultural, no alcanzan el núcleo del problema: no permiten incidir verdaderamente en la historicidad del fenómeno digital, sino que apenas acompañan los esfuerzos que podrían sustentar una acción colectiva o un conflicto estructural.

Cuanto más controlada está la tecnología digital por grandes empresas apoyadas por Estados poderosos, más probable es que genere “monstruos” desde el punto de vista medioambiental. En este sentido, la crítica contemporánea converge con las utopías ecológicas de los años setenta, sintetizadas en el lema “lo pequeño es hermoso”. Paradójicamente, dicha crítica adquiere aún mayor fuerza cuando China anuncia la aparición de DeepSeek, un competidor altamente eficiente de ChatGPT cuyo desarrollo resulta infinitamente menos costoso: un Estado autoritario reivindicando la frugalidad, la modestia en la inversión y la eficacia tecnológica.

Este escenario abre un campo fértil para investigaciones situadas en la intersección entre medio ambiente y geopolítica, donde las ciencias sociales tienen mucho que aportar para comprender y problematizar las implicaciones ecológicas, económicas y políticas de la expansión digital.

Fraudes y manipulaciones

Las redes sociales, los algoritmos y la IA —y esta constituye una crítica particularmente preocupante— permiten hoy múltiples formas de manipulación y fraude. En este terreno,

lo digital facilita intervenciones directas en la vida política en detrimento de la democracia, como evidenció el uso indebido de los datos personales de 87 millones de usuarios de Facebook por parte de Cambridge Analytica en 2014 y 2015, con el objetivo de influir en procesos electorales en Estados Unidos. Asimismo, reproduce de manera sutil —pero persistente— formas de racismo estructural al incorporar en sus dispositivos los prejuicios presentes en la sociedad.

Lo digital también habilita la circulación anónima e inmediata del odio a una escala sin precedentes; facilita la desinformación y la propagación de *fake news*; potencia el acoso y el chantaje; y expone a niños y jóvenes a un consumo adictivo de pantallas. Incluso ha permitido que organizaciones terroristas recluten a mujeres jóvenes apelando a narrativas de amor romántico.

La gravedad de estas dinámicas alcanza su punto más dramático cuando se observa su impacto directo en la salud mental y física de adolescentes y jóvenes. En una audiencia del Senado estadounidense, celebrada el 31 de enero de 2024 y dedicada a los riesgos de explotación sexual y autodestrucción asociados a las redes sociales, el senador republicano Lindsey Graham acusó a Mark Zuckerberg con una frase contundente: “Tienes sangre en las manos”. Lo que está en juego, en efecto, es la salud moral y física —e incluso la propia existencia— de millones de personas.

Ante este panorama, la investigación social enfrenta desafíos colosales, particularmente en lo relativo al análisis de las formas de manipulación, control y alienación que adopta lo digital, y a sus efectos en la subjetividad, la vida colectiva y la democracia.

Trabajo, explotación y depredación

Tradicionalmente, la investigación en ciencias sociales ha dedicado una atención sostenida al trabajo y a las relaciones de producción; no existe razón alguna para abandonar hoy estas preocupaciones. Lo digital constituye, en efecto, una nueva configuración del trabajo: el *digital labor*, es decir, la creación de valor por parte de los propios usuarios de las plataformas. Este fenómeno —cuidadosamente analizado por Antonio A. Casilli— describe el enriquecimiento de las grandes plataformas tecnológicas a costa de usuarios cuyos datos son utilizados sin remuneración, sin transparencia respecto a los fines de su explotación y, potencialmente, en detrimento de su vida personal (Casilli, 2019). Además, lo digital ha dado origen a un vasto universo de “hormigas” o “cliceros”, en palabras de Casilli: trabajadores repartidos por todo el mundo que realizan tareas repetitivas, mal remuneradas y altamente precarizadas, insertas en una compleja división internacional del trabajo.

Las grandes corporaciones tecnológicas tampoco garantizan siempre condiciones laborales satisfactorias a sus empleados. En ocasiones, surgen sindicatos y estallan conflictos, como muestran Isabelle Berrebi-Hoffmann y Quentin Chapus (2022) en su análisis de un corpus de alrededor de 275 movilizaciones colectivas —huelgas, peticiones y protestas— en gran-

des empresas estadounidenses entre 2015 y 2021. Ello sugiere la existencia de una relación estructural entre la expansión de lo digital y el deterioro de las condiciones laborales. Este deterioro también se manifiesta en las movilizaciones de conductores de Uber o repartidores de Deliveroo, quienes enfrentan los efectos de la “uberización”: externalización del trabajo, transferencia de riesgos económicos y sociales a trabajadores autónomos desprotegidos y salarios insuficientes.

¿Se trata simplemente de un retroceso respecto a los modelos de protección y seguridad social construidos en Europa tras la Segunda Guerra Mundial? No únicamente. Las críticas suelen insistir en la destrucción de empleo vinculada a la automatización y a las tecnologías digitales, sin considerar suficientemente los empleos que se generan paralelamente. Todo ello contribuye a perfilar la imagen de un nuevo capitalismo, dominado por conglomerados de enorme poder económico que, además —como veremos más adelante— controlan una porción significativa de los presupuestos globales de publicidad y comunicación.

Siempre asociada a cuestiones económicas, la crítica a la tecnología digital tal y como funciona hoy en día es relativamente fuerte cuando se trata de los derechos de autor y la propiedad intelectual, los denominados “derechos afines” y, por lo tanto, la retribución de los creadores y difusores de contenidos antes de que los utilicen las GAFAM y otras empresas digitales. Lo que está en juego aquí es la depredación que ejercen y el enriquecimiento injusto que se deriva de ella. Los editores de prensa se movilizan aquí, posiblemente de forma colectiva, como en Francia, cuando *Libération*, *La Dépêche du Midi*, *Sud Ouest*, *Publihebdo*, *La Montagne*, *Le Télégramme* y *La Nouvelle République du Centre-Ouest*, así como la *Apig*, presentaron conjuntamente el 6 de febrero de 2025 una demanda por infracción ante el tribunal judicial de París: solicitan a los operadores Bouygues Telecom, Free, SFR y Orange que impidan el acceso al sitio web *News Day FR*, al que acusan de piratear sus artículos mediante inteligencia artificial.

Alienación

La crítica aquí es a veces reformista y negociadora. Entonces desemboca en la búsqueda de soluciones equitativas y compromisos. A veces es radical: “Porque no se trata de una nueva disciplina, sino de un paradigma completamente nuevo: la gestión, mediante un equipo específico, de nuestra capacidad para producir texto, imágenes y sonidos. ¿Cómo no ver la implacable máquina de triturar la cultura que se avecina?”, escribe, por ejemplo, el filósofo Éric Sadin (2025) en *Libération*. Esto conduce, en términos más generales, a la idea de un embrutecimiento generalizado al que conduciría la tecnología digital tal y como se utiliza hoy en día, especialmente en la escuela y en la universidad, por parte de los alumnos, los estudiantes y los profesores. Aquí se ve claramente lo que está en juego: la investigación en ciencias sociales puede así considerar los retos culturales, morales y ci-

vilizatorios relacionados con la tecnología digital, los riesgos de deshumanización y, por el contrario, las perspectivas de desarrollo personal y colectivo que pueden asociarse a sus usos.

Geopolítica, naciones

¿Cómo evitar que otros países —más allá de Estados Unidos y China— queden aplastados en el ámbito digital y de la IA por el juego antagónico de estas superpotencias? ¿Cómo construir y ejercer una soberanía tecnológica que hoy se encuentra seriamente amenazada? En este contexto, el tema del “patriotismo económico” ha ganado visibilidad; en Francia, por ejemplo, Emmanuel Macron lo ha utilizado para movilizar al empresariado anunciando inversiones multimillonarias, muchas de ellas provenientes del extranjero, particularmente de los Emiratos Árabes Unidos y de Canadá. En un escenario marcado por un giro hacia la derecha y por el resurgimiento del nacionalismo, este tipo de discurso puede resultar políticamente eficaz. Sin embargo, se aleja de la idea de que lo digital constituye un terreno fértil para la emergencia de conflictos y disputas significativas. El problema ya no reside en imaginar visiones alternativas o elaborar un contraproyecto, sino en ingresar al juego de los “grandes”, adaptándose al nivel de actores que privilegian un modelo orientado al poder y al lucro. La investigación en este ámbito podría iluminar las condiciones necesarias para diseñar una política industrial robusta en materia informática.

La crítica también se dirige a la evolución general del orden mundial configurado por las grandes empresas digitales, que sortean las fronteras estatales para optimizar fiscalmente sus ingresos e intervienen de forma creciente ante los poderes políticos para promover una economía cada vez más desregulada. Sus prácticas contribuyen, además, a la erosión de la legalidad internacional y al debilitamiento del multilateralismo, instaurando un orden en el que la fuerza prevalece sobre el derecho. Paradójicamente, la crítica también puede subrayar el papel que desempeña lo digital en los regímenes autoritarios y totalitarios, al proporcionar un conjunto sofisticado de herramientas destinadas a la vigilancia, el control social y la represión, como ilustra ampliamente el caso de China.

Aquí nuevamente, las ciencias sociales —así como las ciencias políticas y jurídicas— tienen ante sí un vasto campo de investigación y una agenda urgente para comprender las implicaciones democráticas, geopolíticas y normativas de este nuevo orden digital.

Totalitarismo del mercado y efervescencia intelectual

El control social digital no es monopolio exclusivo de los regímenes dictatoriales. El investigador Evgueny Morozov ha descrito ampliamente cómo se ejerce en democracia, en Estados Unidos, con, por ejemplo, los objetos conectados (Morozov, 2022). Esto permite poner de relieve una contradicción importante: las potencias digitales impulsan un liberalismo económico sin trabas que se acomoda bien a un control social alejado de los valores democráticos, del Es-

tado de derecho y del respeto a la vida privada. Simplemente, el control social adopta la forma particular de una sumisión a poderes alienantes que manipulan las necesidades.

¿Se observa concretamente una efervescencia social y cultural, una movilización en torno a las cuestiones que acabamos de mencionar? Un excelente investigador francés en ciencias políticas, Dominique Boulier (2025), constata la urgencia de esta cuestión para Europa: “Tras la deriva de las plataformas de redes sociales, tras la captación de rentas de las plataformas comerciales y de información, es hora de separarse y desarrollar nuestros propios modelos de IA”.

Se rebela: “*La barbarie computacional colonial* que se nos quiere imponer con la difusión de un determinado tipo de IA no es una fatalidad. Pero para ello hay que aceptar la secesión en todas las capas de nuestros sistemas de conocimiento. ¿Quién produce los chips que necesitamos? ¿Quién produce las máquinas que necesitamos? ¿Quién almacena los datos que necesitamos? ¿Quién limpia, anota y valida estos datos de aprendizaje? ¿Quién los procesa y con qué fuentes de código? ¿Quién redacta las normas de seguridad, *privacidad* y conformidad legal de todo el proceso? ¿Quién controla su aplicación? ¿Quién financia todos estos desarrollos? ¿Quién es su propietario (o no)? ¿Quién implementa las aplicaciones que permiten el uso de todos estos sistemas?”. También en este caso, la investigación en ciencias humanas y sociales no carece de interesantes cuestiones que plantear.

Estas preguntas recuerdan que no existe movimiento social sin actores intelectuales y científicos que lo acompañen, le aporten lucidez y contribuyan a la formulación de un contraproyecto crítico y constructivo. Ello plantea la cuestión de la relación entre investigación y acción, o, si se prefiere, la cuestión del compromiso de los investigadores, quienes en este campo encuentran un terreno fértil para intervenir. No sorprende, por tanto, que muchos de ellos hayan participado en la contracumbre “Por un humanismo de nuestro tiempo”, celebrada en el Teatro de la Concorde de París durante la Cumbre sobre IA de febrero de 2025 —organizada por el presidente Emmanuel Macron—, o en el encuentro “Reinventar la IA”, realizado en el Digital Village de la Place d’Italie.

Del mismo modo, desde los años noventa, numerosos actores en todo el mundo han seguido y fortalecido el movimiento del software libre, concebido para promover el “software libre” en una lógica afín a la de las *Creative Commons*, surgidas en California a principios del siglo XXI con el objetivo de facilitar la creación cultural e intelectual mediante un marco jurídico claro y eficaz.

No solo profesionales, investigadores en ciencias sociales o políticas, filósofos o actores institucionales expresan su preocupación, su indignación o sus críticas, y promueven un ideal alternativo. También se comprometen juristas y abogados —como quienes defienden a familias cuyos hijos se han suicidado a causa de la adicción a redes sociales (Jadot, 2024)—, así como colectivos militantes como IDF-Rights, fundado por el exeurodiputado Jean-Marie Cavada; “Onestla.tech”, que reúne a desarrolladores, diseñadores y jefes de

proyecto; “Halte au contrôle numérique”, creada en Saint-Étienne en 2019; o “Punch”, en Bruselas, que agrega a múltiples actores culturales y asociativos. A ello se suma un denso tejido asociativo dedicado a la defensa de la privacidad digital: Boum, que ofrece una guía de autodefensa digital; PrivacyGuides, que difunde herramientas para restaurar la privacidad; o la ONG NOYB, con sede en Austria, cuyo equipo de expertos vela por la aplicación efectiva de las leyes de protección de datos.

Los *startups* también reivindican una tecnología “responsable” o alineada con la transición ecológica —como en Francia Ynsect, dedicada a la producción de proteínas a partir de insectos—, aunque muchas de estas iniciativas enfrentan dificultades. Revistas como *Réseaux*, más o menos abiertas a la crítica tecnológica; o blogs especializados, como *Mais où va le web?* o *P(a)nser le numérique*, participan también en este ecosistema de reflexión.

En suma, asistimos a una proliferación intelectual y militante: intensa, pero a menudo fragmentada y dispersa. Algunas iniciativas poseen una ambición estratégica —orientar las grandes directrices de la vida colectiva en el plano digital—, mientras que otras aspiran a resolver problemas puntuales, por ejemplo, en materia de moderación de plataformas—; algunas operan a escala global o europea, otras en ámbitos estrictamente locales. En la coyuntura actual, la articulación entre este auge de iniciativas y la política partidista es débil, casi inexistente: los partidos no parecen capaces de fungir como vehículos de estas transformaciones, ni se espera demasiado de ellos.

Lo relevante aquí es que las ciencias humanas y sociales tienen un lugar legítimo en esta proliferación. Pueden contribuir a fortalecer la capacidad analítica de los actores implicados y, en consecuencia, su capacidad de acción. Estas observaciones no agotan el panorama, como se verá más adelante a propósito del papel de la publicidad.

Crítica de la publicidad en la era digital

En las décadas de 1960 y 1970, con la entrada en la era postindustrial —ilustrada por los trabajos de Daniel Bell o Alain Touraine— emergió una crítica particularmente intensa de la sociedad de consumo y de la sociedad del espectáculo. En el centro de esta crítica se encontraba la denuncia de la manipulación de las necesidades mediante la publicidad, ampliamente analizada por Jean Baudrillard, Roland Barthes, Herbert Marcuse y otros autores clave del pensamiento crítico. Estas reflexiones se apoyaban en diversos paradigmas de las ciencias sociales, especialmente en los enfoques marxistas y estructuralistas. Hoy, sin embargo, esta crítica prácticamente ha desaparecido: casi nadie cuestiona la publicidad como tal, o lo hace solo de modo marginal.

Sin publicidad, buena parte del universo de las empresas digitales se derrumbaría. En muchos casos, el ejercicio del poder digital tiene como *finalidad última* vender productos y servicios, moldear modos de acceso al consumo y asegurar el funcionamiento de las actividades económicas. Si los datos poseen un valor tan elevado en la economía contem-

poránea —ya sea con fines militares, de control social, de innovación científica o médica, o para transformar el trabajo— ello se debe también a su utilidad comercial, dimensión que la publicidad permite concretar.

No obstante, la publicidad tiende a desaparecer de los debates críticos actuales, pese a aportes relevantes como los de Eva Illouz (2019), que renueva la crítica del capitalismo al introducir los sentimientos y las emociones; o los de Evgeny Morozov (2017) y Shoshana Zuboff (2020), que analizan la lógica extractiva del *capitalismo de vigilancia*.

En un contexto donde, gracias a Internet, los consumidores mantienen relaciones más directas con los bienes y servicios que adquieren, se informan más y creen dominar racionalmente sus decisiones, lo cierto es que lo digital ha transformado por completo las reglas del juego de la publicidad. La publicidad dirigida conoce al consumidor de forma individualizada, sigue cada uno de sus movimientos a través del teléfono móvil y otras tecnologías, se dirige a él por su nombre y lo apunta con una precisión inédita. Es una publicidad simultáneamente personalizada, singular e intrusiva. Las críticas actuales se dirigen menos a la publicidad en sí misma que al ecosistema digital que la sustenta (O'Neil, 2016), aunque también han surgido discursos celebratorios, como el de Arnaud de Lacoste, director general de Webhelp, quien sostiene que la revolución digital ha puesto la tecnología al servicio del consumidor al convertirlo en un “experto” que domina su experiencia y produce valor mediante la opinión (Duha, 2022).

El sector publicitario ha cambiado en todas sus etapas: concepción, comercialización, organización financiera y relación con los actores implicados. Han aparecido nuevas figuras, como los *influencers*, que establecen relaciones de aparente intimidad y confianza con sus audiencias. La publicidad es hoy un campo de actividad inmenso y una fuente de beneficios colosales. Sin embargo, los ingresos publicitarios son captados masivamente por las grandes empresas digitales, lo que cuestiona la sostenibilidad financiera de los medios tradicionales. En Francia, por ejemplo, la cuota del mercado publicitario digital pasó de 0 % en 1999 a 52 % en 2022; los intermediarios digitales acaparan ahora 40 % del gasto de los anunciantes, con Google en posición dominante y Meta explotando los datos personales de los usuarios a través de las redes sociales. Solo en el primer trimestre de 2024, Google obtuvo 61 700 millones de dólares en ingresos publicitarios.

La publicidad es omnipresente en la práctica de las empresas digitales y en las preocupaciones regulatorias, especialmente en relación con los derechos de autor y derechos afines. Sin embargo, cuando se la menciona en los debates contemporáneos, suele ser únicamente para lamentar la pérdida de ingresos de los medios tradicionales, no para analizar críticamente su contenido, sus efectos culturales o las formas de manipulación que implica. La publicidad en línea ha sido cuestionada por autores como Dominique Boullier (2020) o Tim Hwang (2020) como un signo de la omnipotencia de las plataformas, cuyos algoritmos opacos despojan de poder tanto a las marcas como a los usuarios, estos últimos incapaces

de apropiarse de su entorno digital bajo el pretexto de la personalización. No obstante, estamos muy lejos del periodo en el que la contestación de la publicidad ocupaba un lugar central en las críticas sociales y culturales.

Entre lo que permanece inalterado y debería revitalizarse, y lo que es completamente nuevo, las ciencias humanas y sociales podrían relanzar la crítica de la publicidad en el contexto digital, construyendo agendas de investigación sobre la información de consumidores y usuarios, la manipulación de las mentes y la demanda, o la subordinación de los medios al capital, en una sociedad más consumista que nunca. No solo las noticias falsas requieren atención. La publicidad merece mucho más que el papel marginal que ocupa hoy en los análisis críticos de la era digital y en las denuncias de los riesgos de las redes sociales y la inteligencia artificial. No es simplemente el aceite que engrasa la maquinaria digital ni siquiera su combustible: es el nervio de la guerra. Las sumas que moviliza, su impacto en la libertad, la supervivencia de los medios de comunicación y su capacidad para modelar valores culturales exigen un examen que desborda con mucho la cuestión económica y la distribución del “maná publicitario”. También interviene directamente en la configuración de nuestros modelos de sociedad.

Por lo tanto, la era digital no debería significar la anestesia de las ciencias humanas y sociales. Si, como afirmó Marc Andreessen, “lo digital se está comiendo el mundo”, entonces necesitamos más que nunca a las ciencias humanas y sociales para domesticarlo y evitar la carnicería.

Sobre el autor

MICHEL WIEVIORKA es doctor en Sociología y en Ciencias de las organizaciones; fue presidente de la junta directiva de la Fondation Maison des Sciences de l'Homme de 2015 al 2020; es, desde 1989, decano de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) y presidente y fundador de la Association Collège d'Études Mondiales de París (ACEMP). Fue presidente de la Asociación Internacional de Sociología (2006-2010) y dirigió el Centro de Análisis de Intervención Sociológica (CADIS), de 1993 al 2009. Sus principales trabajos abordan temas relativos a la violencia, el racismo, el terrorismo, la diferencia cultural y los conflictos contemporáneos. Entre sus obras recientes se encuentran: *Alors Monsieur Macron, heureux?* (2022) Éditions Rue de Seine; (con Josu Urrutikoetxea y Thomas Lacoste) "Lecciones aprendidas de un proceso de negociación imperfecto" (2022) *Violence: an International Journal*, II(3); *Pour une démocratie de combat* (2020) Robert Laffont.

Referencias bibliográficas

- Anderson, Chris (2008) "El fin de la teoría: El diluvio de datos vuelve obsoleto el método científico" *Wired* [en línea]. 23 de junio. Disponible en: <<https://www.wired.com/2008/06/pb-theory/>>
- Arcep (2023) *Environment* [en línea]. Disponible en: <[Réseaux \(231\).](https://en.arcep.fr/news/press-releases/view/n/environment-060323.html#:~:text=In%20August%202020%2C%20the%20ministers,reach%2054%20TWh%20a%20year).>></p><p>Beck, Ulrich (2016) <i>The Metamorphosis of the World</i>. Polity Press.</p><p>Berrebi-Hoffmann, Isabelle y Quentin Chapus (2022))
- Boullier, Dominique (2020) *Comment sortir de l'emprise des réseaux sociaux*. Le Passeur.
- Boullier, Dominique (2025) "Sommet IA : la nécessaire sécession sémantique européenne" *AOC* [en línea]. 10 de febrero. Disponible en: <<https://aoc.media/analyse/2025/02/09/sommet-ia-la-necessaire-secession-semantique-europeenne/>>
- Calmann-Lévy (1994) *Liberté de l'esprit*. 2da ed.
- Casilli, Antonio A. (2019) *En attendant les robots. Enquête sur le travail du clic*. Éd. du Seuil.
- Casilli, Antonio A. y Paola Tubaro (2011) "Social Media Censorship in Times of Political Unrest - A Social Simulation Experiment with the UK Riots" *Bulletin of Sociological Methodology*, 115(1).
- Castells, Manuel (1996, 1997, 1998) *La era de la información*, 3 vols. Fayard.
- Colin, Nicolas y Henri Verdier (2012) *L'âge de la multitude*. Armand Colin.

- Duha, Olivier (2022) *Think Human: The Customer Experience Revolution in the Digital Age*. Eyrolles.
- Fishkin, James (1993) *Democracy and Deliberation, New Directions for Democratic Reform*. Yale University Press.
- Fishkin, James (1995) *The Voice of the People. Public Opinion and Democracy*. Yale University Press.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2004) *Multitude*. La Découverte.
- Hwang, Tim (2020) *Subprime attention crisis: Advertising and the time bomb at the heart of the Internet*. FSG originals.
- Illouz, Eva (2019) *Les marchandises émotionnelles. L'authenticité au temps du capitalisme*. Premier Parallèle.
- Jadot, Elisa (2024) *Emprise numérique, 5 femmes contre les Big Five* [Documental]. Together Media.
- Milgram, Stanley (1974) *La sumisión a la autoridad: un punto de vista experimental*. Harper & Row.
- Morozov, Evgeny (2017) "Moral panic over fake news hides the real enemy – the digital giants" *The Guardian* [en línea]. 8 de enero. Disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jan/08/blaming-fake-news-not-the-answer-democracy-crisis?CMP=tw_t_gu>
- Morozov, Evgeny (2022) *Freedom as a Service: The New Digital Feudalism and the Future of the City*. Farrar, Straus and Giroux.
- O'Neil, Cathy (2016) *Weapons of Math Destruction: How Big Data Increases Inequality and Threatens Democracy?* Crown.
- Pitron, Guillaume (2021) *L'enfer numérique. Voyage au bout d'un like*. Les Liens qui libèrent.
- Sadin, Eric (2025) "A Paris, un contre-sommet face à la machine à broyer de l'IA, par Eric Sadin" *Libération* [en línea]. 29 de enero. Disponible en: <https://www.liberation.fr/idees-et-debats/tribunes/a-paris-un-contre-sommet-de-lia-loin-de-la-messe-propagandiste-officielle-par-eric-sadin-20250129_BAV6YZ3S4VGOFNQAQ264DCQO24/>
- Tighanimine, Mariame (2023) "¿Son racistas los algoritmos?" *Socio* (018): 29-57.
- Wieviorka, Michel (2013) *L'impératif numérique*. CNRS.
- Zuboff, Shoshana (2020) *La era del capitalismo de la vigilancia*. Zulma.